

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastián - 75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetr.

RECUERDOS DEL SANTIAGO

Á GUISA DE POT-POURRI.

La palabra *carnaval* formada de otras dos *carne vale* ó *carne adios*, y que denota el tiempo en que la carne cede el puesto á la abstinencia y vigiliás de la cuaresma, ha venido á ser sinónimo de *mascaradas*. Para divertirse, nada mas á propósito que engañarse los unos á los otros, como si ciertas personas necesitasen para lograr esto último, de revestir su cara de todos los días con otra de carton ni mudar el traje ó la piel que llevan de ordinario.

Pero dejando aparte estas consideraciones, hablemos en serio recordando lo que eran las mascaradas en Puerto-Rico; lo que eran sí, porque (y vuelta á no hablar en serio) aunque máscaras se vean todo el año como entónces, la costumbre de aquellas, reconocidas como tales, pues con esto acontece lo que con los locos, que llamamos así porque su locura es extravagante; la costumbre de aquellas, repetimos, duraba entónces lo que pretende durar en la actualidad: desde San Pedro hasta Santa Rosa, es decir, mas de dos meses, en la estacion mas cálida y por lo tanto la menos oportuna para tales *ajetreos*.

Momo andaba, pues, suelto á partir del domingo siguiente á San Pedro. Desde medio día, es decir, cuando Febo estaba á punto de derretir los huesos á los habitantes de esta ínsula, comenzaban á discurrir por las calles trullas de enmascarados que tenían por objeto ir de casa en casa dando el bromazo; y no eran *ellas* las menos animadas, puesto que tambien recorrían calles y casas dando broma á sus amigas. Diversion inocente, pero que no dejaba de ser ocasion á que se viesen y hablasen ciertos *ellos* y *ellas*, á despecho de papás y mamás no siempre de acuerdo en favorecer tal á cual noviazgo.

Por la tarde, tropel de máscaras y música en la plaza de Santiago, que por su semejanza

relativa en aquellos domingos con la animacion del carnaval en Madrid, quedó denominándose el Prado por mucho tiempo. Verdadero tropel, verdadero enjambre. — ¿Quién podría hoy juzgar de lo que era aquel hormiguero, dada la desanimacion habitual de esta ciudad? Parece que el San Juan tenía el don de dejar alborotada la gente, pues solo así se concibe que saliendo todos de su apatía característica, se refugiase allí la poblacion en gran parte, hasta el punto de no poderse dar paso.

Por la noche, retreta en la plaza mayor en donde pululaban las máscaras tambien, y ademas baile en el teatro, por lo general, animadísimo.

Seño Escolástico
deme el real,
que me hace falta
para mi jornal.

Entre enjambre de chiquillos
caballeros en *guajanas*
con sus *caras de caballo*
portando enhiestas espadas
de madera, por supuesto,
para *pinchar* musarañas;
y á mas de niños, zagales
y aún viejos, en son de máscara,
pueblo puro entreverado
con niños de todas pastas
llevando *caras de burro*
de madera y no *guajanas*;
se eleva seño Escolástico
el jefe de estas comparsas,
mozo robusto, atezado,
de buen humor, chispa y gracia:
General de los muchachos,
tal las crónicas le llaman.
Pasa Santiago y se eclipsa
y vuelve, y con él su fama.
Van á buscar á Santiago,
y habrán de llevarlo en andas
en procesion artilleros
por ser el patron de España.
Indios y moros y turcos
con cristianos en comparsa,
diablos, dueñas y vestiglos,
avispero, atroz maraña;
y entre aplausos y mil gritos
cantaletas y *algazara*
alborotan los *muchachos*
calles, plazuelas y plazas;

y como van con aquellos,
gente de humor y de barbas,
puede verse que los hombres
son niños de pelo en cara.

Aún nos parece ver á las dos de la tarde de la víspera de Santiago, á No Escolástico, caballero en su *jamelgo* haciendo resonar su corneta como á manera de llamada y recordamos el afán con que acudían en tropel á reunirse chicos y *machones* y *marimachas*, pues los niños no habían de ir sin sus criadas y criados ataviados los mas de ellos y ellas á usanza morisca y aumentando aquella *mamarrachería* en sus *caras de burro ó de caballo*, y parodiando á par de los chiquillos fiados á su custodia, el corretear y caracolear de las cabalgaduras verdaderas.

Por supuesto, que á la voz de "ahí viene la trulla" no quedaba ventorrillo de frutas abierto ni vendedora de *rapaura* que no corriese á ocultarse con la mira de salvar sus comestibles y golosinas de las espadas de madera de las turbas.

Que no en vano existía aquella cantaleta de

"Ahí viene Santiago
para pinchar:
quiera ó no quiera
se ha de pinchar."

Aún recordamos el orden de la procesion que salía de la Capilla de la Fortaleza, en donde se guardaba la pequeña imagen de Santiago, á caballo, espada en mano y rodeado de cabezas de moros.

Llevábanle cuatro artilleros en andas, lo que daba lugar á la cantaleta de

"Santiago, como es guerrero,
lo llevan los artilleros."

Seguía la parroquia cantando salmos, y cerraba la marcha la multitud con Seño Escolástico á la cabeza, voceando cantaletas, tales como

"Santiago no vino ayer"
"porque empezó á llover"

"Santiago como es chiquito"
"le sientan los bigotitos." etc.

En alusion á los que llevaba la imagen que como hemos dicho, era sobre un cuarto del natural.

Esto no se consideraba irreverencia, por cuanto la patriarcal costumbre lo hacía mirar como inocente y desintencionado; ántes bien, añadía cierto cándido regocijo á la festividad del santo, que, por ser el patron nacional, quería celebrarse con la mayor animacion y alegría.

Preñadas están nuestras crónicas religiosas de estas festividades en que se mezclaba al culto la alegría popular con sus grotescas formas. Hoy vemos las cosas de otro modo, y tenemos razon en haber excluido de lo sagrado estas y otras farsas juglarescas; pero en aquel tiempo nuestros religiosos padres no lo veían con malos ojos; y lo sano de su intencion sencilla salvaba estas inocentes prácticas. Noso-

tres no hacemos mas que relatar y recordar con cierto encanto lo que constituye parte en la historia de nuestras pintorescas costumbres.

Llegada á Catedral la procesion, entraba allí la imagen, en donde quedaba hasta que celebrada la fiesta de Iglesia á la mañana siguiente, tornaba Seño Escolástico y su variado y numerosísimo ejército á buscarla para acompañarla de nuevo en igual forma hasta su Capilla de la Fortaleza.

Pero no terminaba aquí la fiesta para el ejército de Seño Escolástico.—Antes bien las calles y plazas, todos los barrios de nuestra breve, pero animada ciudad, servían de campo á sus desfiles y evoluciones en que les sorprendía la venida de la noche.

Difícil es imaginar hasta qué punto llegaba la disciplina de aquel abigarrado ejército.

Al gritar Seño Escolástico

"Siéntense."

Respondían todos *sentaos estamos*, y estabanlo en efecto en el nada blando suelo de la calle.

"Acuéstense."

Acostaos estamos, respondía aquella turba que solía coger mas de una manzana de calle.

"Ríanse."

Carcajada general, destemplada y bulliciosa; coro, en que había risas de todos calibres, infantiles, mugeriles y barbudas.

"Lloren."

Suponeos que catarata de gemidos y ahullidos unánimes á la vez qué desacordes: armonia del infierno en que se mezclaba el maullar con el rugir.

Y por último gritaba el *general de los muchachos*

"Duérmanse."

A lo que que contestaban la multitud con ronquidos de pecho y de nariz, en que si había gruñir de cerdos, no faltaban los mas estentóreos rebuznos.

"Silencio" tornaba á gritar el jefe.

Callaos estamos, respondía el coro, y callaba como mudo, como muerto; solo se oían mas de mil respiraciones.

"Párense."

Paraos estamos; y una vez en marcha, comenzaban de nuevo las cantaletas, las mas, de circunstancias.

"Quién ha visto negro
en el balcon."

"Al Dios que se arme,
palos con él."

"Vamos á la marina
en busca de la sardina." etc.

Y no dejaba de ser desahogo para la ciudad, que Seño Escolástico se llevase hácia aquel punto, siquiera por media hora, á semejante turba de todas edades, sexos, colores, procedencias, estados, fortunas y condiciones. No Escolástico era el héroe, la notabilidad del día, único

disciplinador posible para aquella heterogénea turba multa, sobre la cual ejercía el prestigio de los años anteriores.

Nada de esto hará mayor gracia, á los que no alcanzaron semejante costumbre; pero entónces rarísima boca habría dejado de plegarse á la sonrisa ante el franco buen humor de tanta gente.

No podemos prestar á este boceto imperfectísimo la viva alegría, el risueño y animado colorido del original. En estos casos mas que en otro alguno, se ve de manifiesto la diferencia que Goethe establece entre la *concepcion* y la *expresion*. Pero ¿qué quereis, oh! mis lectores? Yo lo veo alegre en mi memoria, como lo visteis algunos de vosotros. En cambio del placentero encanto que este recuerdo nos ofrece, otros tienen la ventaja de no haberlo alcanzado; lo que es envidiable por aquello de que son menos *monumentales* que nosotros.

¿Qué se hizo aquel Santiago
con tanta bullanga y grita
como en el Prado se oyó;
y con tanta mascarita
que al són de música alegre
la Plazuela alborotó?

Adios, oh domingos
de Julio ardoroso;
pasaron tus tardes,
pasó aquel belén.
¿Qué, ay! tristes, nos queda
de tanta alegría?
La sombra, el recuerdo
de un sueño que fué!

Allá van los *chancleteros*
montando *caras de burro*:
allá van los *vejigantes*
que eran ántes
diablos sueltos.

Sus cuernos y uñas
y rabos tambien
tan sólo dejaron,
pues sólo se ven!

A esta mascarita
lo conozco yó;
anoche en el baile
conmigo bailó.

¿Qué fué de las damas
que bajo el difraz
amores fingieron,
amor de antifaz?

¡Y á cuántas gazmoñas
cubrió el dominó
¡y á cuántas ya *doñas*
aquél remozó!

Si suena aún orquesta,
no es ya aquel bailar.....
Pasó ya Santiago,
se fué con San Juan!

De andar con careta,
de andar con disfraz,
la maña quedóse
y huyó la verdad!.....

LA CIVILIZACION EN LA CHINA.

ESTUDIO HISTÓRICO.

La China es por su constitucion un país tan extraño al oriente como al occidente. No hay en esta nacion ni castas religiosas, ni nobleza militar, sino un déspota, policía y administracion. El saber es la base de la gerarquía social y los discípulos de Confucio gobiernan bajo el imperio de un rey tártaro, una poblacion *budista*, creencia religiosa originaria de la India.

Este imperio, cuya poblacion es casi igual á la de Europa y que tiene de existencia más de cuatro mil años, ha sido teatro de muchos cambios que todavía no conocemos bien. Las partes heterogéneas de que se compone, se han separado y vuelto á unir mas de una vez. Ha sido regido por veinte y dos dinastías, y sufrido por lo menos otras tantas revoluciones. Dos veces ha sido vencido por la barbarie y dos veces ha vencido á los bárbaros.

Desde los primeros reyes, que nos lo presenta la Historia desaguando el terreno y fundando la sociedad, hasta el emperador que actualmente reina sobre ochenta millones de habitantes, ha subsistido siempre al través del largo período de sus trastornos, una cosa inmóvil, el fondo de sus antiguas costumbres. Este fondo está ahora sin duda muy alterado; pero aún se reconoce. ¿Cuál era el elemento primordial de esta antigua sociedad? El patriarcado y la familia agrícola; de aquí traen origen las dos ideas que son todavía el alma de la política china: la obediencia filial y la importancia de la agricultura.

Los primeros capítulos del Chon-King, el libro histórico mas antiguo, nos presentan un jefe gobernando las tribus que se agolpan alrededor de él, como si gobernase á sus hijos y criados, poniendo todo su cuidado en hacer saludable y fecundo el terreno. Vemos algunas tribus apartarse de su familia errante y fijarse en el terruño. Uno de sus primeros reyes es labrador, otro es elegido por el respeto que tenía á sus padres. El primero de los deberes de los reyes allí, era el de procurar al pueblo las cinco cosas necesarias á la vida, el de hacer que impere la virtud era secundario. Los ancianos eran venerados por ser la imagen del padre. En aquellos tiempos la idea de la paternidad se aplicaba al principio de la sociedad y del universo. De la misma manera, decían que los cielos y la tierra son los padres de todas las cosas, así los reyes deben ser los padres de los pueblos.

Las diversas dinastías que se han sucedido en el imperio, han sancionado su usurpacion con su constante adhesion á las antiguas máximas y costumbres. Este fué el lazo que

unió sucesivamente alrededor del trono imperial los estados independientes. Sobre esta base se constituyó la monarquía de los chinos que once siglos antes de Jesu-Cristo tenía ya cierta unidad.

Cuando se rompió este lazo y comenzó la larga época de anarquía que se ha llamado la edad media de la China, apareció Confucio. Conociendo éste la necesidad de reconstruir aquella sociedad, recogió los ritos, los cantos y las máximas de los antiguos y las historias de los primeros tiempos. Esto es lo que contienen los cinco *Kings* ó libros de que fué compilador y redactor.

Toda su enseñanza es un llamamiento á lo pasado y su ideal político la restauración de los costumbres antiguas.

Solo que habiendo aparecido él en tiempo filosófico, en época de sectas y escuelas, dió forma abstracta y simétrica á la moral que en el fondo no era mas que una tradición reducida á sistemas. Esta doctrina triunfó y vino á ser autoridad en tanto que las otras quedaron como opiniones: la filosofía pudo convertirse en ley; pero hasta 200 años después de Confucio, siglo 7º de la era cristiana, no entró su escuela en posesión de la sociedad China. Entonces comenzaron á darse los empleos exclusivamente á los letrados, según el grado á que habían llegado en el estudio de la moral y política de Confucio. De este modo los hombres de saber se encontraron siendo los verdaderos representantes de la sociedad y en disposición de dar á ésta lo que buscaba después de tantas agitaciones, la unidad y la paz en el seno de una organización natural y nacional, y de esta manera los literatos pudieron librar á su país de la violencia y de la guerra y pudo suceder una época pacífica á siglos de destrucción.

Cuando los generales y los hijos de Djingis Khan conquistaron la China, su pensamiento fué destruirla; los letrados libraron á la nación del exterminio total que la amenazaba. En esta época vemos á algunos ministros de los emperadores mongoles interponerse entre estos y sus conciudadanos, enseñar á los vencedores salvajes el partido que podían sacar de la administración regular que habían encontrado establecida en el imperio, y ganarlos para la humanidad, probándoles que el gobierno les traería mas ventajas que el saqueo y el pillaje. Los tártaros se vieron obligados á adoptar aquella civilización que así se salvaba, y la organización social, fundada sobre costumbres arraigadas, no sólo resistió á la mas terrible de las conquistas, sino que se impuso á los conquistadores mas terribles.

Lo mismo volvió á reproducirse en la conquista de los *Mantchous*, y al presente el imperio celeste después de haber pasado tan

tos siglos y sufrido tantas vicisitudes ó invasiones, es todavía gobernado por sus máximas y principios antiguos y no ha perecido lo que hay de mas esencial en sus costumbres.

¿Pero, que ha resultado de esta inconcebible tenacidad? Que sus costumbres nacidas de un estado de cosas enteramente abolido después de muchos siglos, no están ya en armonía con la sociedad que se apoyaba en ellos y han perdido su sentido y su virtud. El emperador se llama todavía padre de su pueblo, pero su autoridad patriarcal se ha cambiado en despotismo absoluto. La China es la momia de un pueblo. Como en las momias, sus miembros permanecen juntos porque están estrechamente ceñidos con las mantillas de su infancia; pero su seno está vacío y no tiene corazón.

El emperador actual habla como hablaba el emperador Yao; pero ábrase el código penal, su único código, y se verá á lo que han venido á parar las antiguas costumbres. La obediencia filial es siempre la base de la sociedad; pero siendo padre de todos el emperador, esta obediencia es una postración de todos delante de su poder, y á un sentimiento respetable en sí é inherente á las costumbres chinas, pero pervertido por la servidumbre, se deben las leyes atroces que allí se han hecho.

El principio de las antiguas costumbres está encubierto en el fondo mismo de las instituciones actuales; pero está allí como abortado ó marchito, y de aquí ha resultado el marasmo moral en que languidece aquella nación. Su gobierno ha podido darle paz, cierta especie de justicia y la abundancia de bienes materiales. La población se ha aumentado de tal modo, que dos millones de almas viven allí sobre las riberas y canales, y las madres no pudiendo criar á sus hijos, tienen en su casa un baño para ahogar á los recién nacidos; pero un pueblo que carece de vida moral no es nada á pesar de las riquezas, no es mas que un paralítico acostado dentro de un cofre ó ataúd de oro. Esta nación, aunque respecto de algunas cosas, conserva las costumbres de los antiguos sábios, no tiene en el fondo otra ley que los suplicios, ni mas conciencia que el bambú.

Su ley fundamental es la tarifa de golpes y heridas, de multas y destierros dispuestos geométricamente, de manera que á tantos golpes corresponden tantas onzas de plata, tantas leguas de distancia.

La legislación á pesar de prescribir hoy las virtudes naturales que recomienda la agricultura, se pone en lugar de la sabiduría tradicional de los antiguos reyes y de la moral domástica de Confucio.

Esta legislación no se limita á precribir el simulacro de las costumbres antiguas; va mas lejos, corrompe positivamente las costumbres actuales.

En una multitud de cargos, un empleo es servido por dos, para que un funcionario espíe al otro. En general la denuncia de un culpable está prescrita á todos y sus bienes prometidos al que denuncie. La última afrenta que puede echar sobre sí un legislador, es la de sancionar la bajeza en su código y la de honrar un crimen capital.

Se ve que por desgracia de aquel pueblo, se encuentra ya muy desviada su moral de la sabia doctrina de Confucio: todo esto nacido sin duda del aislamiento que impide la renovacion de la sávia social.

DOS PALABRAS

Acerca de las mujeres entre los romanos.

Entre los primitivos romanos, pueblo aún mas austero que los griegos, el sexo femenino desplegó ciertas virtudes domésticas, sin duda porque era estimado por aquellos hombres sencillos que, ocupados únicamente en la agricultura y en la victoria y respetables por sus costumbres y su valor, salían vencedores de todos los combates para correr á los brazos de sus esposas con el entusiasmo que inspira la castidad de un sexo y la fidelidad del otro.

Sin embargo, existían leyes que daban derecho de vida y muerte á los maridos sobre sus consortes y condenaban á la mujer á la minoría perpétua.

Este modo de ver el derecho, que no ha dejado de continuarse en tiempos posteriores á Roma, si fué como era natural, el germen de los vicios de hipocresía y astucia que hemos visto desarrollarse en aquel sexo en épocas de corrupcion; por aquellos tiempos no fué suficiente á despojar á la mujer de la austera sinceridad en punto á conducta, principios é inclinaciones.

Los romanos emplearon todos los medios para conservar en su pátria la pureza de costumbres y el recato, tendieron á dar á las mujeres cierta personalidad jurídica que debiera ejercer alguna influencia importante en la familia y por consiguiente en el Estado; pero por desgracia aquella personería no llegó nunca á lo suficiente, y el germen á que ántes aludimos debía con el tiempo producir sus deletéreos resultados.

Pero como para que aquel morboso vinus se desarrollase, era menester que la decadencia nacional ó social viniesen á proporcionarle el oportuno campo, decadencia de que debía ser concausa aquel latente mal, desde el momento en que con la paz vino para Roma la apatía exterior y la lucha en lo interior que á tal apatía era consiguiente, toda vez que el alma de aquel pueblo estaba en la conquista,

base de su ser y fuente de su crecimiento; desde aquel punto, pues, la mujer romana tomó parte en el comun contagio, y salió del hogar para ejercer en la plaza pública una influencia que no podía dejar de ser perniciosa, desde el momento en que para semejante esfera social no estaba preparada: aquella ley que la ponía fuera de la misma respecto del marido, unida á las demás leyes que debían participar del mismo carácter, porque toda ley es lógico que cuente con algunas hermanas en su código, ya por espíritu, ya por procedencia, habían hecho en el carácter de la mujer romana su sordo trabajo de zapa.

Ya no se hablaba de aquella célebre Veturia que aplacó la cólera de Coriolano, general rebelde y traidor á su pátria; dejó de admirarse á la famosa Porcia, hija de Catón, y varonil esposa de Bruto; olvidóse á Julia, mujer de Pompeyo, que expiró de dolor al ver la ensangrentada toga de su marido; y á la jóven que alimentó con sus propios pechos á su anciano padre, preso y condenado á morir de hambre.

Ya no eran aquellas las mujeres que en tiempo de Breno salvaron á Roma sacrificando todas sus riquezas, ni las heroínas que despues de la batalla desastrosa de Canas, dieron al Estado todas sus alhajas; solo se vieron por lo general mujeres frívolas, sedientas de oro y ornato, anhelosas únicamente de agradar y seducir.

En resumen: la mujer de Roma, que había sido mutilada moralmente en el hogar por el espíritu de la legislación primitiva á que hemos hecho referencia; espíritu que aunque modificado con el tiempo, no perdió suficientemente su tendencia al pupillage femeníl; se hizo incompatible con la esfera pública, que no podía ella regenerar y á cuya corrupcion debía ántes bien contribuir por su incompleta aptitud ó su viciosa concurrencia.

EL ESCARABAJO DE ORO.

¡Oh! ¡oh! ¡qué es eso! ¡Este muchacho tiene una locura en las piernas! Le ha mordido la tarántula.

(Todo de través).

Hace algunos años que trabé amistad íntima con un sujeto llamado William Legrand. Pertenecía á una antigua familia protestante y había sido rico en otro tiempo; pero una série de desgracias le había reducido á la miseria. Para evitar la humillacion de sus desastres, dejó á Nueva-Orleans, ciudad de sus abuelos, y establecióse en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en la Carolina del Sur.

Esta isla es de las mas singulares: no está compuesta de otra cosa que de arena del mar, y tiene unas tres millas de largo y un cuarto de milla de ancho. Está separada del con-

tinente por un ancon apenas visible que filtra al través de una masa de cañas y fango, cita habitual de las zarcetas. La vegetacion, como puede suponerse, es pobre, ó por mejor decir, enana. No se encuentran árboles de cierta dimension. Hacia la extremidad occidental, en el punto en donde se levantan el fuerte Moultrie y algunas miserables construcciones de madera, habitadas durante el verano por la gente que huye del polvo y de las calenturas de Charleston, es cierto que se encuentra la enana palmera setigera; pero toda la isla, á excepcion de este punto occidental y de un espacio triste y blancuzco que orla el mar, está cubierto de espesas malezas de mirto odorífero, tan estimado por los horticultores ingleses. El arbusto se eleva á veces á una altura de quince ó veinte piés, forma un monte tallar casi impenetrable y carga la atmósfera de perfumes.

En lo mas profundo de este monte, no lejos de la estremidad oriental de la isla; esto es, de la mas lejana, Legrand se había construido una pequeña chosa, que ocupaba cuando por vez primera y por casualidad le conocí. Este conocimiento se trocó rápidamente en amistad, pues el apreciable recluso poseia cualidades que excitaban el interés y la estimacion. Ví que había recibido una esmerada educacion, felizmente servida por facultades espirituales poco comunes; pero estaba infectado por la misantropía y sujeto á desgraciadas alternativas de entusiasmo y melancolia. Se servía poco de los libros á pesar de tener muchos en su casa. Sus principales diversiones consistían en cazar y pescar ó en correr por la playa y al través de los mirtos en busca de conchas y objetos etimológicos, de los cuales tenía una coleccion que habría dado envidia á un Swammerdan. En estas escursiones le acompañaba generalmente un viejo negro llamado Júpiter; que había sido libertado ántes de los reveses de la familia; pero que no se había podido decidir ni por amenazas, ni por promesas á abandonar á su jóven Massa Will, y consideraba como derecho suyo seguirle á todas partes. No es improbable que los padres de Legrand, juzgando que éste tenía la razon algo extraviada, se esforzaran en confirmar á Júpiter en su obstinacion, con objeto de dar una especie de guardian al fugitivo.

Bajo la latitud de la isla Sullivan los inviernos son pocas veces rigurosos, y es un acontecimiento que al finalizar el invierno se haga indispensable el fuego. Sin embargo, á mediados de Octubre de 18... hubo un día de exceso frio. Poco ántes de ponerse el sol, me abría yo un camino al través del monte tallar hacia la choza de mi amigo, á quien hacía algunas semanas que no había visto; yo vivía entonces en Charleston, á la distancia de nueve millas de la isla, y la facilidad de ir y volver era me-

nor que hoy. Al llegar á la cabaña, llamé segun tenía de costumbre, y no recibiendo contestacion, busqué la llave en el sitio en que sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Era una sorpresa, y á fé mia de las mas gratas. Me quité el paletó, acerqué un sillón á los troncos encendidos, y aguardé pacientemente la llegada de mis huéspedes.

Poco despues de anochecido llegaron y me acogieron cordialmente. Júpiter, riéndose de una oreja á otra, movíase sin cesar y preparaba algunas zarcetas para la cena. Legrand se hallaba en una de sus crisis de entusiasmo; no sé que nombre darles. Había encontrado un bivalvo desconocido, formando un nuevo género, y lo que mas, con ayuda de Júpiter había cazado un escarabajo que creía nuevo, y acerca del cual deseaba saber mi opinion el día siguiente.

¿Y porqué no esta noche? pregunté restregándome las manos delante del fuego, y mandando mentalmente á los diablos á toda la raza de escarabajos.

(Continuará.)

UN INTERIOR DE DILIGENCIA.

Traducido por E. F.

(Continuacion.)

— Cómo! para todo el mundo? preguntó Lepré.

— Para todo el mundo, caballero, puedo ofreceros tres platos. Con los postres, y un traguillo para encima de todo.

Hablando así, sacó de los cajones del coche una media docena de paquetes que se puso á abrir, pasándose la lengua por los labios: eran provisiones de todas clases, envueltas y atadas con sumo cuidado.

— Esto debe ser un verdadero festin, dijo Lepré, que había ayudado al vendedor de bueyes á hacer el inventario de todos los paquetes. Peste! Señor.... Dispense, ¿cómo se llama Usted.

— Barnan.

— Justo! Señor Barnan, ¿cómo se alimenta U.

— Para qué tiene uno el dinero, dijo el hombre grueso, con orgullo, si no es para comer bien? De resto, estos Señores y la Señorita van á juzgar de mi cocina.

Grugel se volvió hacia Gontran y le echó una mirada significativa.

— Y bien! le dijo á media voz, sonriéndose, aquí están los granos de oro que U. buscaba.

— Granos de oro! dijo Barnan, que nada comprendía; excúsenme U., lo que yo les doy es un salchichon trufado.

— Los señores quieren decir, que para gente que tiene hambre, esto vale oro, replicó Pedro Lepré, riendo; es una figura Sr. Barnan. Yo tengo un hijo que ha aprendido, las figuras cuando estudiaba la retórica, él me ha explicado la cosa. Pero, dispenseme U?... Sería necesario primero que la Señorita se sirviera. Se presentaron las provisiones á la Señorita de Locherais que dió vuelta á todos los manjares, y acabó por escoger lo mas delicado, que se comió, quejándose de las privaciones á que estaba expuesto uno en viaje. Para consolarla, Barnan la ofreció un trago de viejo cognac; pero la Señorita de Locherais dió un grito de horror.

— Darme cognac á mí! dijo ella llena de indignacion ¿por quién me toma U. caballero?

— Quizás le agradaría á U. mas el casis, objetó el vendedor de bueyes con aire bonachon.

— Yo no bebo ni casis, ni cognac? exclamó con orgulloso tono la Señorita Athenais; no bebo sino agua.

Y volviéndose hácia Grugel:

— Vaya un rústico! murmuró ella; ofrézme cognac, como si no fueran bastante, para quemarnos la sangre, las especies que nos ha hecho comer! Estoy segura de que me voy á enfermar.

Dichas estas palabras, se embutió en su esquina, de manera que dió la espalda al vendedor de bueyes, levantó una almohada que llevaba, apoyó la cabeza y empezó á dormitar. La diligencia continuaba su penosa marcha por caminos llenos de barrancos. Aunque húmedo, el aire era frío y la noche no tenía ni una sola estrella. Animado por la comida que la gastronómica prevision de Barnan le había permitido hacer Lepré, volvió á tomar todo su locuacidad, y aunque sus compañeros desde algun tiempo tomaron el partido de no contestarle, siguió hablando solo, sin inquietarse por saber si le escuchaban.

El ruido de las palabras, lo lento de la marcha, la oscuridad, el frío habían acabado por causar á todos los viajeros un malestar impaciente que se expresaba á cada instante con bostezos, estremecimientos ó quejas disimuladas. Darvon sobre todo parecía entregado á una irritacion nerviosa, que iba cada vez en aumento. Ya había cerrado y abierto diez veces la portezuela, apoyado su cabeza á derecha, á izquierda y atrás, colocando sus piernas en todas las posiciones que le permitía el estrecho espacio de que podía disponer; en fin, al despuntar el alba, se encontraba fuera de sí.

— Daría diez dias de los que me quedan de vida, por haber terminado este viaje! exclamó.

— Ya estamos en Anse, respondió Grugel.

— Es verdad, dijo Lepré, que estaba dor-

mitando. Hbla! conductor, ¿cuánto tiempo permanece U. aquí?

— Cinco minutos.

— Abra U. la puerta; tengo tiempo para ir á dar los buenos dias al Jefe de posta. Abrieron y Barnan bajó con Lepré para renovar sus provisiones. Casi en el mismo instante el encargado de las diligencias se aproximó al coche preguntando si había lugares desocupados.

— Uno solo, respondió Grugel.

— Cómo! exclamó la Señorita de Locherais, que acababa de despertarse ¿el señor pretende hacer subir aquí alguna persona?

— Un viajero para Lyon.

— Pero es imposible, replicó la vieja Señorita; estamos demasiado incómodos, caballero; vuestros coches son muy pequeños: me quejaré á la administracion.

— Ah! allí viene, sin duda nuestro nuevo compañero, dijo Grugel; que miraba por la portezuela. El Señor Lepré ya se ha hecho amigo de él.

— Es un militar! exclamó la Señorita de Locherais.

— Un sargento de Cazadores.

— Dios mío! y se va á meter aquí! Pero, ¿porqué no obligan á los soldados, á que viajen á pié?

— Con semejante tiempo, Señorita, sería un castigo muy severo.

— ¿No es ese, pues, su oficio? Esas gentes no se cansan. Los coches públicos os exponen á odiosas compañías!... sin contar que nos desarreglan todas nuestras costumbres, no tomar nada caliente, estar apretada, sofocada: no sé porqué uno de esos caballeros no sube á la imperial.

— Con esta neblina?

— Que le hace eso á los hombres!

— La Señorita, en efecto, estaría menos molesta, añadió irónicamente Darvon, y esta proposicion puede hacerla á nuestro nuevo compañero.

— Yo hablar á un soldado! dijo orgullosamente la Señorita Athenais; prefiero sufrir, señor.

— Aquí está, dijo Jacques.

El sargento acababa de acercarse á la portezuela, seguido del jefe de diligencias con quien discutía. Era un jóven de aspecto decente, pero cuyas fanfarronadas y maneras soldadescas llamaron la atencion de Darvon. Se quejó del atraso del coche, que esperaba desde el dia anterior. Y con palabras groseras se dirigía al jefe de diligencias, cuyas respuestas eran tímidas y embarazadas. En fin, el conductor, habiendo manifestado que se ponía en marcha, se acercó de la portezuela y echó una ojeada al interior.

— Magnífica reunion, exclamó, despues de haber visto de una manera insolente á todos

los viajeros; si el cupé y la rotonda están tan bien arreglados. . . . ¿Dígame conductor, U. no tiene mujeres?

— El insolente! dijo la Señorita de Locherais.

— Por último, dijo el soldado, en guerra no se debe ser minucioso.

Y subió.

Gontran se inclinó hacia Grugel; aquí está lo que completa nuestra coleccion de ridiculos, dijo por lo bajo.

— Cuidado que no le oiga, respondió Jacques.

— Darvon hizo un movimiento de hombros.

— Los fanfarrones me inspiran mas asco que miedo, dijo, y éste me parece que tiene necesidad de una leccion de urbanidad.

Sin embargo Barnan, había subido sin Lepré. Despues de haber enviado á buscarle á la fonda y haberle esperado algunos momentos, el coche se puso en marcha sin él, con gran contento de la Señorita de Locherais que de esta manera estaba mas cómoda. Esta alegría fué de poca duracion, pues el sargento, que se había colocado en la otra banqueta, se levantó y se sentó á su lado.

La vieja señorita, incomodada, se encogió lo mas que pudo y se bajó el velo. El militar se volvió hacia ella.

— Tóma! dijo con tono burlon, parece que la señora tiene miedo de que la miren?

— Quizá, señor, contestó con tono seco, la Señorita Athenais.

— Comprendo el motivo, dijo el sargento, pero puede estar tranquila, yo me privaré de ese placer.

Y como vió un movimiento de indignacion de la Señorita de Locherais:

— Lo que digo, continuó, es con interés por su salud y para permitirle que respire con el rostro descubierto; tanto mas cuanto nos falta el aire en este cajon, y sería necesario bajar las vidrieras.

— Me opongo á ello, dijo con viveza la Señorita de Locherais, mi médico me ha prohibido tomar el aire de la mañana.

— Y el mio me ha prohibido que me asfixie, respondió el jóven adelantando las manos para bajar el vidrio. Pero la vieja Señorita exclamó que la ventana quedaba á su lado y por consiguiente tenía el derecho de cerrarla, llamando á su auxilio á los demas viajeros.

Por poco dispuesto, que estuviera Darvon en favor de la Señorita de Locherais, creyó deber tomar su defensa y resultó entre él y el soldado una discusion que se hubiera agriado demasiado si Grugel no hubiera cedido al militar, su puesto al lado de una ventana.

El sargento la aceptó de mala gana, con-

servando rencor hacia Gontran. Pues como el lector habrá podido comprender, las cualidades dominantes en éste no eran ni la prudencia, ni la resignacion. Las contrariedades del viaje habían ademas excitado su irascibilidad enferma: así la discusion que había tenido con el militar se renovó varias veces, agriándose mas y mas, hasta que degeneró en riña. Varios bultos pequeños habían sido colocados por Darvon en el hilo que tienen los techos de las diligencias; el soldado pretendió que le incomodaban y exigió que se quitaran. Gontran se negó.

— U. ha resuelto dejarlos? exclamó el militar, despues de una disputa en la que se había animado insensiblemente.

— Decidido, replicó Darvon.

— Pues bien! yo los quitaré y los echaré por la portezuela, dijo el jóven militar, extendiendo las manos hacia el hilo.

Gontran le detuvo la mano.

— Cuidado con lo que U. pretende hacer, caballero, dijo con alterada voz; desde que U. ha llegado aquí, ha probado de mil maneras hacerme perder la paciencia: desde que U. entró tiene pretension de privilegio y tiranía; pero tenga U. entendido que yo no soy hombre dispuesto á sufrirla.

— Es esto una amenaza? replicó el soldado echando sobre Gontran una mirada desdenosa.

— De ninguna manera, interrumpió Grugel, inquieto con el camino que tomaba la discusion; mi primo os hace observar simplemente. . . .

— Yo no acepto observaciones de nadie, contestó el militar.

— Y nadie acepta sus insolencias, dijo Grugel.

— Al oír la palabra insolencias, el militar se estremeció, un colorado vivo subió á su semblante.

— Dónde piensa U. pararse, caballero, preguntó á Darvon con voz que la cólera hacía temblar.

— En Lyon, respondió Gontran.

— Pues bien, allí acabaremos de explicarnos.

— Sea.

— Jacques, asustado quiso mediar, pero su primo y el soldado le interrumpieron al mismo tiempo y repitieron que se terminaría la discusion en Lyon.

Al propio tiempo se oyeron grandes gritos, y la diligencia fué alcanzada por un carro cubierto de lodo. La Señorita de Locherais, sacó la cabeza por la portezuela.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.